

El noveno filamento

Una historia sobre una errata molecular, un cerrojo antiguo y aquello que, desde siempre, ha estado escuchando.

Cuatro láminas para una lectura nocturna. EDICIÓN I · 3:17

VOLVER AL LECTOR VOLVER A EQVINOX

La lectura del cuerpo

A las tres y diecisiete de la madrugada, el doctor Elías Varela descubrió que el ácido desoxirribonucleico no era una escritura, sino una lectura.

La diferencia, que a primera vista parece verbal, es quizá abismal. Durante años había supuesto -como todos los hombres de su oficio- que en aquella doble hélice se cifraba el proyecto de un cuerpo: la disposición del cabello, la derrota gradual de los órganos, las inclinaciones de la sangre, acaso la secreta arquitectura de la tristeza. La ciencia, pensaba, no había descifrado todavía el libro entero, pero sabía ya que estaba ante un libro.

Aquella madrugada comprendió que estaba ante una carta. Y que la carta tenía destinatario.

El hallazgo ocurrió en el Laboratorio de Terapias Génicas del Hospital de San Jerónimo, un edificio sin gracia situado en una parte de la ciudad donde los árboles parecían recordar vagamente haber sido árboles. Afuera, México dormía bajo su costumbre de luces dispersas, motores lejanos y perros que ladraban a algo que nadie veía. Adentro, las máquinas sostenían una vigilancia sin sueño.

La muestra pertenecía a Ana Marín, mujer de cuarenta y dos años, enferma de una forma de cáncer que se había propagado con la parsimonia de un imperio. Había aceptado el tratamiento experimental sin entusiasmo ni desesperación. “Ya no tengo nada que perder”, dijo. Varela había escuchado esa frase muchas veces; siempre le pareció falsa. Aun el condenado conserva algo: el miedo.

El protocolo consistía en introducir, mediante vectores virales, una corrección precisa en determinadas células. No se trataba de crear vida ni de desafiar a la muerte, como repetían los periódicos cuando necesitaban asustar a sus lectores; se trataba, más modestamente, de reparar una errata.

Varela miró la secuencia en la pantalla. Primero vio la doble hélice habitual. Después vio algo que no debía estar allí: un tercer filamento.

No se parecía a una mutación. Las mutaciones son, en el fondo, accidentes locales: una letra que sustituye a otra, una palabra torcida en un manuscrito infinito. Aquello era distinto. Era una línea suplementaria, tan antigua como las otras dos y, de algún modo, anterior a ellas.

La imagen tembló. Varela atribuyó el temblor a su cansancio. Había dormido poco. Los hombres de laboratorio suelen creer que una falta de sueño es menos grave que una falta de rigor; ignoran que ambas son máscaras de la misma cosa.

Repitió el análisis. La máquina tardó unos segundos. Luego mostró una frase.

USTEDES SIEMPRE HAN RECIBIDO.

Varela no se movió. No porque fuera valiente, sino porque su mente, aún educada en la superstición de lo racional, se negaba a conceder realidad a lo que leía. Revisó el código del programa, los registros del sistema, las conexiones. No había acceso externo. No había una instrucción oculta. No había, por supuesto, nadie en el laboratorio.

La frase desapareció. En su lugar, apareció una secuencia de letras: A, T, C, G. Las cuatro iniciales del alfabeto de la sangre. Se repetían en combinaciones que al principio parecían arbitrarias. Después, con un terror que no quiso nombrar, Varela advirtió que no formaban una cadena, sino una figura: una espiral.

No la espiral benigna de una concha ni la espiral solemne de una galaxia. Era una espiral que parecía insinuar otra, y esa otra otra más, hasta prolongarse fuera de la pantalla, del laboratorio, de la ciudad, quizá del mundo.

Imprimió los resultados. La impresora, que debía entregar tres páginas, imprimió ciento doce. En cada página había la misma espiral.

LÁMINA II · LA RENDIJA

ANA MARÍN DESPIERTA

“El genoma no es un plano. Es una antena.”



VOLVER AL LECTOR VOLVER A EQVINOX

Una antena para escuchar

A las cuatro y dos, Ana Marín despertó.

No habría nada extraordinario en esa afirmación si no se añadiera que llevaba tres días inconsciente, que sus órganos habían iniciado ya una retirada minuciosa y que la enfermera de guardia, una mujer práctica que no creía en ángeles ni en médicos, juró después haber visto una sombra inmensa retirarse de la cabecera de la cama.

Ana abrió los ojos. Se sentó. Los monitores comenzaron a sonar.

Cuando las enfermeras entraron, ella las miró con una ternura insoportable.

"Qué pequeños son", dijo.

Después habló en una lengua que ningún registro humano conserva. No era áspera. No era diabólica. No tenía nada de los latines deformes de las películas ni de las sílabas ceremoniales de los sacerdotes. Era una lengua pausada, casi musical, cuyos sonidos parecían estar hechos de respiración y de agua.

Una enfermera oyó la voz de su madre muerta. Otra oyó el mar. La tercera no oyó nada; fue la única que conservó la cordura, o la única que la perdió de inmediato. Renunció antes del amanecer.

Cuando Varela llegó a la habitación, Ana estaba sentada junto a la ventana. La ciudad comenzaba a clarear detrás del vidrio. Una luz gris, de esas que no anuncian el día sino su obligación, entraba en el cuarto.

"Usted lo vio", dijo Ana.

Varela no respondió.

"El filamento."

"Fue una anomalía."

Ana sonrió con paciencia.

"No. Fue una rendija."

El doctor se acercó a la cama. En los monitores, los signos vitales eran absurdamente buenos. Los análisis posteriores confirmarían lo imposible: el cáncer había desaparecido. Las lesiones en el hígado se habían cerrado. El tejido óseo había empezado a regenerarse. La biología, al parecer, había recibido una orden distinta.

"¿Qué es eso que apareció en su sangre?", preguntó.

Ana contempló sus manos.

"No apareció."

Varela sintió que la respuesta era más peligrosa que cualquier explicación.

"Entonces, ¿qué es?"

Ella alzó los ojos. En ellos no había locura. Hubiera sido un alivio encontrarla. Había, en cambio, una inmensidad limpia, impersonal, casi compasiva. Varela tuvo la impresión -tan absurda que jamás la consignó en los informes- de que detrás de sus pupilas había estrellas que no correspondían a ninguna constelación.

"El genoma no es un plano", dijo Ana. "Es una antena."

Él quiso reír. No pudo.

"¿Una antena para qué?"

"Para escuchar."

Afuera, las luces del hospital se apagaron. Por siete segundos, el edificio quedó suspendido en una oscuridad completa. No fue una oscuridad normal. Varela la recordaría después como una sustancia: algo que ocupaba el aire y se apoyaba, con una delicadeza infinita, sobre la piel de los vivos.

LÁMINA III · EL ÁRBOL

LA NIÑA SOFÍA

“Son nuestros antepasados. Pero vienen de después.”



VOLVER AL LECTOR VOLVER A EQVINOX

El árbol de después

Cuando volvió la energía, las luces de emergencia teñían los pasillos de rojo.

En la sala contigua, los demás pacientes tratados con el mismo protocolo estaban despiertos. Un anciano lloraba sin lágrimas. Una mujer joven reía mirando sus propias manos. Un niño repetía una frase con la concentración de quien aprende un nombre:

YA NOS OYERON.

Varela pasó por el corredor como quien atraviesa un sueño ajeno. Al fondo encontró a Sofía, una niña de seis años, que dibujaba sobre la pared con un marcador negro. Tenía una enfermedad degenerativa y, hasta esa noche, apenas podía mover los dedos.

Había llenado el muro de líneas ramificadas. Parecían raíces. Luego parecían venas. Luego parecían los pliegues de un cerebro observado desde una distancia imposible.

En el centro había una figura humana. Alrededor, figuras mayores: ojos sin párpados, geometrías de carne, ramas que eran extremidades, bocas que contenían otras bocas.

Encima, con letras torcidas, Sofía había escrito: FAMILIA.

"¿Qué es eso?", preguntó Varela.

"El árbol", dijo la niña.

"No son personas."

Sofía lo miró con una compasión que no correspondía a su edad.

"Claro que sí."

"No son nuestros antepasados."

"Sí lo son", contestó. "Pero vienen de después."

Ese mismo día, observatorios de distintos países registraron una señal que no provenía de una estrella, un satélite o una nave conocida. Se originaba en alguna región cercana del sistema solar; las estimaciones variaban, pero todas coincidían en lo esencial: no podía estar allí.

La señal repetía un patrón.

A · T · C · G

No era una transmisión de radio, estrictamente. Era una disposición. Una insistencia. El universo, que hasta entonces había parecido indiferente, estaba pronunciando cuatro letras.

Los gobiernos hablaron de interferencias. Los laboratorios, de contaminación. Los sacerdotes, de señales. Los mercados, con admirable vocación metafísica, hablaron de volatilidad.

Varela se encerró en su laboratorio. Tomó una muestra de su propia sangre. La examinó.

Allí estaba el tercer filamento.

No nuevo. No adquirido. No contagioso.

Antiguo.

Esperando.

LÁMINA IV · EL REFLEJO

LA VENTANA DEL LABORATORIO

El reflejo sonríe antes que el hombre.



VOLVER AL LECTOR VOLVER A EQVINOX

La criatura que recuerda

Lo encontró en el agua destilada. En una muestra de tejido vegetal. En la sangre de un ratón de laboratorio. Lo encontró, de manera incomprensible, en los controles negativos.

La conclusión se le presentó con la precisión horrible de una sentencia.

No habían creado algo.

No habían liberado algo.

Habían corregido una imperfección que no era una imperfección, sino un cerrojo.

Durante milenios, los hombres habían mirado el cielo preguntándose si había alguien allá afuera. Habían construido altares, telescopios, antenas, pirámides, ecuaciones. Habían enviado señales hacia la noche, convencidos de que el silencio era exterior.

Nunca consideraron la posibilidad de que el silencio estuviera dentro.

La manipulación genética había quitado una letra del alfabeto equivocado. Y ahora el mensaje podía pasar.

Varela levantó la vista.

La ventana del laboratorio reflejaba su rostro: un hombre cansado, de pelo gris, con los ojos demasiado abiertos. Por un instante se reconoció.

Después el reflejo sonrió.

Él no.

Detrás de su imagen, donde debía extenderse la madrugada de la ciudad, había una forma circular, inmensa y remota.

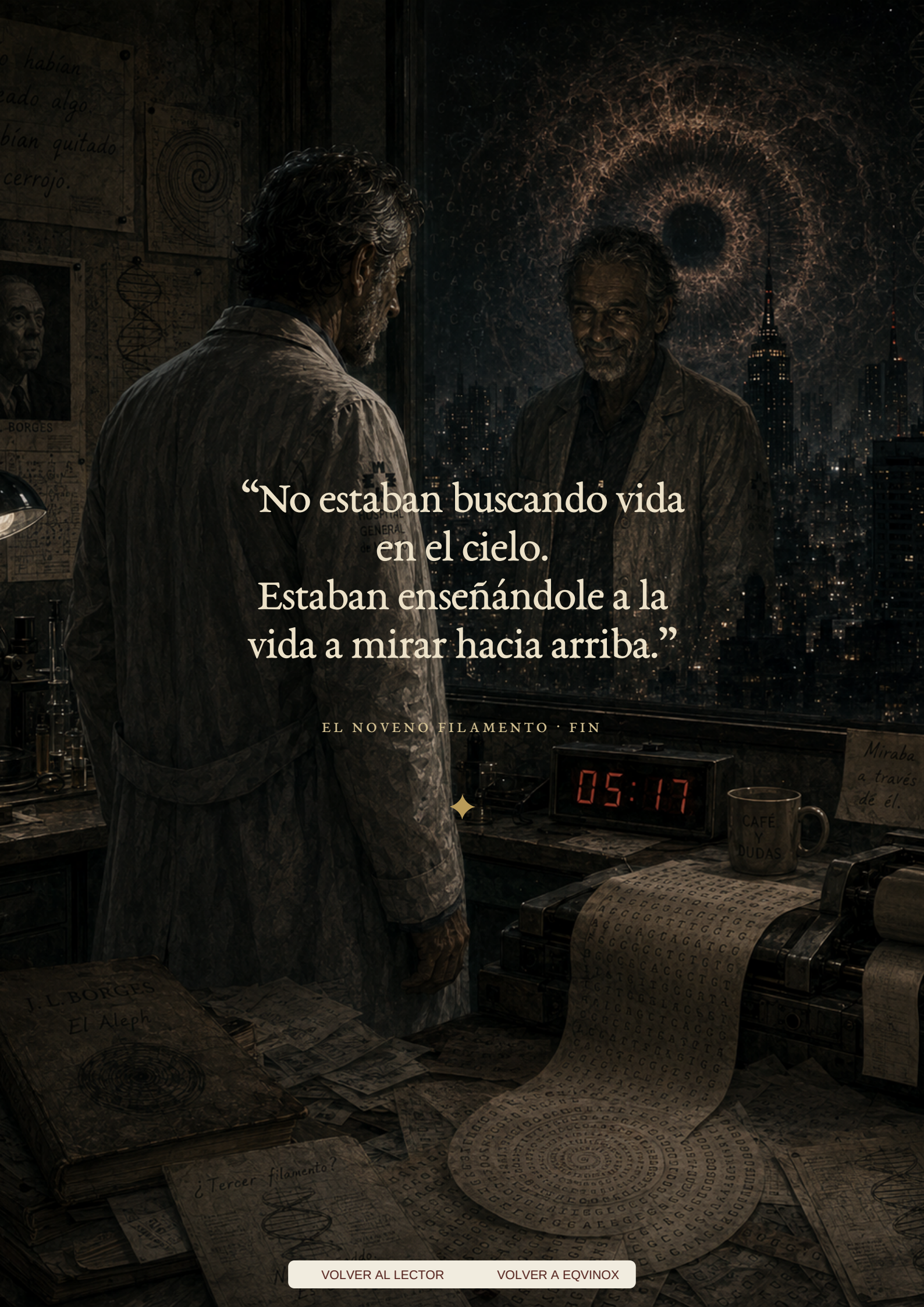
Un ojo.

No miraba al doctor.

Miraba a través de él.

Y Varela comprendió, con una calma que no le pertenecía, que aquello que el hombre había llamado vida no era sino el largo sueño de una criatura que, por fin, empezaba a recordar su verdadero nombre.

✦


“No estaban buscando vida
en el cielo.
Estaban enseñándole a la
vida a mirar hacia arriba.”
EL NOVENO FILAMENTO · FIN
05:17
CAFÉ Y DUDAS
J. L. BORGES
El Aleph
¿Tercer filamento?
Miraba a través de él.
VOLVER AL LECTOR
VOLVER A EQVINOX